

ca, adonde estudié con pobreza, y adonde llevé segundo en licencias, de do se puede inferir que mas la virtud que el favor me dió el grado que tengo: aquí he venido á este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida, pero si no me dejais, habré venido á bogar y granjear la muerte: por amor de Dios, que no hagais que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo: lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y veréis que el que os respondia bien de improviso, os responderá mejor de pensado. Escucháronle todos, y dejáronle algunos. Volvióse á su posada con poco ménos acompañamiento que habia llevado. Salió otro día, y fué lo mismo: hizo otro sermón, y no sirvió de

nada. Perdía mucho, y no ganaba cosa, y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse á Flándes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podia valer de las de su ingenio; y poniéndolo en efecto, dijo al salir de la corte: ¡Oh corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y aeortas las de los virtuosos encogidos; sustentas abundantemente á los truhanes desvergonzados, y matas de hambre á los discretos vergonzosos! Esto dijo, y se fué á Flándes, donde la vida que habia comenzado á eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas en compañía de su buen amigo el capitán Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.

LA FUERZA DE LA SANGRE.

UNA noche de las calurosas del verano volvian de recrearse del río, en Toledo, un anciano hidalgo, con su mujer, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años, y una criada. La noche era clara, la hora las once, el camino solo, y el paso tardo, por no pagar con cansancio la pension que traen consigo las holguras que en el río ó en la vega se toman en Toledo. Con la seguridad que promete la mucha justicia y bien inclinada gente de aquella ciudad, venia el buen hidalgo con su honrada familia léjos de pensar en desastre que sucederles pudiese; pero como las mas de las desdichas que vienen no se piensan, contra todo su pensamiento les sucedió una que les turbó la holgura, y les dió que llorar muchos años. Hasta veinte y dos tendria un caballero de aquella ciudad, á quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinacion torcida, la libertad demasiada, y las compañías libres le hacian hacer cosas y tener atrevimientos que desdecian de su calidad, y le daban renombre de atrevido. Este caballero pues (que por ahora por buenos respetos encubriendo su nombre le llamaremos con el de Rodolfo), con otros cuatro amigos suyos, todos mozos, todos alegres y todos insolentes, bajaba por la misma cuesta que el hidalgo subia. Encontráronse los dos escuadrones, el de las ovejas con el de los lobos; y con deshonestidad desenvoltura Rodolfo y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraron los de la madre, y de la hija, y de la criada. Alborotóse el viejo, y reprochóles y afeóles su atrevimiento: ellos le respondieron con muecas y burla, y sin desmandarse á mas pasaron adelante. Pero la mucha hermosura del rostro que habia visto Rodolfo, que era de Leocadia, que así quieren que se llamase la hija del hidalgo, comenzó de tal manera á imprimírsele en la memoria, que le llevó tras sí la voluntad, y despertó en él un deseo de gozarla á pesar de todos los inconvenientes que sucederle pudiesen: y en un instante comunicó su pensamiento con sus camaradas, y en otro instante se resolvieron de volver y robarla, por dar gusto á Rodolfo; que siempre los ricos que dan en liberales, hallan quien canonicen sus desafueros, y califique por buenos sus malos gustos; y así el nacer el mal propósito, el comunicarle, y el aprobarle, y el determinarse de robar á Leocadia, y el robarla, casi todo fué en un punto. Pusieron los pañuelos en los rostros, y desenvainadas

las espadas, volvieron, y á pocos pasos alcanzaron á los que no habian acabado de dar gracias á Dios, que de las manos de aquellos atrevidos les habia librado. Arremetió Rodolfo con Leocadia, y cogiéndola en brazos, dió á huir con ella, la cual no tuvo fuerzas para defenderse, y el sobresalto le quitó la voz para quejarse, y aun la luz de los ojos, pues desmayada y sin sentido ni vió quien la llevaba, ni adónde la llevaban. Dió voces su padre, gritó su madre, lloró su hermanico, arañóse la criada; pero ni las voces fueron oídas, ni los gritos escuchados, ni movió á compasion el llanto, ni los arañes fueron de provecho alguno; porque todo lo cubria la soledad del lugar, y el callado silencio de la noche, y las crueldades extrañas de los malhechores. Finalmente, alegres se fueron los unos, y tristes se quedaron los otros. Rodolfo llegó á su casa sin impedimento alguno, y los padres de Leocadia llegaron á la suya lastimados, afligidos y desesperados: ciegos, sin los ojos de su hija, que eran la lumbré de los suyos: solos, porque Leocadia era su dulce y agradable compañía: confusos, sin saber si sería bien dar noticia de su desgracia á la justicia, temerosos no fuesen ellos el principal instrumento de publicar su deshonra. Véanse necesitados de favor, como hidalgos pobres: no sabían de quién quejarse, sino de su corta ventura. Rodolfo en tanto, sagaz y astuto, tenia ya en su casa y en su aposento á Leocadia, á la cual, puesto que sintió que iba desmayada cuando la llevaba, la habia cubierto los ojos con un pañuelo, porque no viese las calles por donde la llevaba, ni la casa, ni el aposento donde estaba, en el cual sin ser visto de nadie, á causa que él tenia un cuarto aparte en la casa de su padre, que aun vivia, y tenia de su estancia la llave y las de todo el cuarto (inadvertencia de padres que quieren tener sus hijos recogidos), ántes que de su desmayo volviese Leocadia, habia cumplido su deseo Rodolfo; que los impetus no castos de la mocedad, pocas veces ó ninguna reparan en comodidades y requisitos que mas los incitan y levanten. Ciego de la luz del entendimiento, á escuras de la sensualidad por la mayor parte no tiran mas allá de la barra del término del cumplimiento dellos, quisiera luego Rodolfo que de allí se desapareciera Leocadia, y le vino á la imaginacion de ponella en la calle así des-

mayada como estaba; y yéndolo á poner en obra, sintió que volvía en sí, diciendo: ¿Adónde estoy, desdichada? ¿Qué escuridad es esta, qué tinieblas me rodean? ¿Estoy en el limbo de mi inocencia, ó en el infierno de mis culpas? ¡Jesus! ¿quién me toca? ¿Yo en cama, yo lastimada? ¿Escúchame, madre y señora mía? ¿Oyesme, querido padre? ¡Ay sin ventura de mí! que bien advierto que mis padres no me escuchan, y que mis enemigos me tocan: venturosa sería yo, si esta escuridad durase para siempre, sin que mis ojos volviesen á ver la luz del mundo, y que este lugar donde ahora estoy, cualquiera que él se fuese, sirviese de sepultura á mi honra, pues es mejor la deshonra que se ignora, que la honra que está puesta en opinion de las gentes: ya me acuerdo (¡que yo nunca me acordara!) que ha poco que venia en la compañía de mis padres: ya me acuerdo que me saltaron: ya me imagino y veo que no es bien que me vean las gentes: ó tú, cualquiera que seas, que aquí estás conmigo (y en esto tenia asido de las manos á Rodolfo), si es que tu alma admite género de ruego alguno, te ruego que ya que has triunfado de mi fama, triunfes tambien de mi vida: quitámelas al momento, que no es bien que la tenga la que no tiene honra: mira que el rigor de la crueldad que has usado conmigo en ofenderme, se templará con la piedad que usarás en matarme; y así en un mismo punto vendrás á ser cruel y piadoso.

Confuso dejaron las razones de Leocadia á Rodolfo, y como mozo poco experimentado, ni sabia qué decir, ni qué hacer, cuyo silencio admiraba mas á Leocadia, la cual con las manos procuraba desengañarse si era fantasma ó sombra el que con ella estaba; pero como tocaba cuerpo y se le acordaba de la fuerza que se le habia hecho viniendo con sus padres, caia en la verdad del cuento de su desgracia; y con este pensamiento tornó á añadir las razones que los muchos sollozos y suspiros habian interrumpido, diciendo: Atrevido mancebo, que de poca edad hacen tus hechos que te juzgue, yo te perdono la ofensa que me has hecho, con solo que me prometas y jures que como la has cubierto con esta escuridad, la cubrirás con perpetuo silencio sin decirla á nadie: poca recompensa te pido de tan grande agravio; pero para mí será la mayor que yo sabré pedirte, ni tú querrás darme: advierte en que yo nunca he visto tu rostro, ni quiero verle, porque ya que se me acuerde de mi ofensa, no quiero acordarme de mi ofensor, ni guardar en la memoria la imagen del autor de mi daño: entre mí y el cielo pasarán mis quejas, sin querer que las oiga el mundo, el cual no juzga por los sucesos las cosas, sino conforme á él se le asienta en la estimacion: no sé cómo te digo estas verdades, que se suelen fundar en la experiencia de muchos casos y en el discurso de muchos años, no llegando los míos á diez y siete; por do me doy á entender que el dolor de una misma manera ata y desata la lengua del afligido, unas veces exagerando su mal para que se le crean, otras veces diciéndole porque no se le remedien: de cualquier manera, que yo calle ó hable, creo que he de moverte á que me creas, ó que me remedies, pues el no creerme será ignorancia, y el remediarlo imposible de tener algun alivio: no quiero desesperarme, porque te costará poco el dármele, y es este: mira, no aguardes ni confies que el discurso del tiempo temple la justa saña que contra tí tengo, ni quieras amontonar los agravios: mientras ménos me gozares,

y habiéndome ya gozado, ménos se encenderán tus malos deseos: haz cuenta que me ofendiste por accidente, sin dar lugar á ningun buen discurso; yo la haré de que no nací en el mundo, ó que si nací fué para ser desdichada: pomme luego en la calle, ó á lo ménos junto á la iglesia mayor, porque desde allí bien sabré volverme á mi casa; pero tambien has de jurar de no seguirme, ni saberla, ni preguntarme el nombre de mis padres, ni el mio, ni el de mis parientes; que á ser tan ricos como nobles, no fueran en mí tan desdichados: respóndeme á esto, y si temes que te pueda conocer con la habla, hágote saber, que fuera de mi padre y de mi confesor, no he hablado con hombre alguno en mi vida, y á pocas he oído hablar en tanta comunicacion, que pueda distinguirlos por el sonido de la habla. La respuesta que dió Rodolfo á las discretas razones de la lastimada Leocadia, no fué otra que abrazarla, dando muestras que queria volver á confirmar en él su gusto, y en ella su deshonra. Lo cual visto por Leocadia, con mas fuerzas de las que su tierna edad prometia, se defendió con los piés, con las manos, con los dientes y con la lengua, diciéndole: Haz cuenta, traidor y desalmado hombre, quien quiera que seas, que los despojos que de mí has llevado, son los que pudisté tomar de un tronco ó de una columna sin sentido, cuyo vencimiento y triunfo ha de redundar en tu infamia y menosprecio; pero el que ahora pretendes no le has de alcanzar sino con mi muerte: desmayada me pisaste y aniquilaste, mas ahora que tengo brios, ántes podrás matarme, que vencerme; que si ahora despierta sin resistencia concediese con tan abominable gusto, podrías imaginar que mi desmayo fué fingido, cuando te atreviste á destruirme. Finalmente, tan gallarda y porfiadamente se resistió Leocadia, que las fuerzas y los deseos de Rodolfo se enflaquecieron; y como la insolencia que con Leocadia habia usado no tuvo otro principio que de un impetu lascivo, del cual nunca nace el verdadero amor que permanece, en lugar del impetu que se pasa, queda, si no el arrepentimiento, á lo ménos una tibia voluntad de segundalle. Frio pues y cansado Rodolfo, sin hablar palabra alguna, dejó á Leocadia en su cama, en su casa, y cerrando el aposento, se fué á buscar á sus camaradas para aconsejarse con ellos de lo que hacer debia. Sintió Leocadia que quedaba sola y encerrada, y levantándose del lecho, anduvo todo el aposento, tentando las paredes con las manos, por ver si hallaba puerta por do irse, ó ventana por do arrojar: halló la puerta, pero bien cerrada, y topó una ventana que pudo abrir, por donde entró el resplandor de la luna, tan clara, que pudo distinguir Leocadia las colores de unos damascos que el aposento adornaban: vió que era dorada la cama, y tan ricamente compuesta, que mas parecia lecho de príncipe, que de algun particular caballero: contó las sillas y los escritorios: notó la parte donde la puerta estaba, y aunque vió pendientes de las paredes algunas tablas, no pudo alcanzar á ver las pinturas que contenian: la ventana era grande, guarnecida y guardada de una gruesa reja; la vista caía á un jardín que tambien se cerraba con paredes altas: dificultades que se opusieron á la intencion que de arrojarle á la calle tenia: todo lo que vió y notó de la capacidad y ricos adornos de aquella estancia, le dió á entender que el dueño della debia de ser hombre principal y rico, y no como quiera, sino aventajadamente: en un escritorio

que estaba junto á la ventana, vió un crucifijo pequeño todo de plata, el cual tomó, y se le puso en la manga de la ropa, no por devocion ni por hurto, sino llevada de un discreto designio suyo: hecho esto, cerró la ventana como ántes estaba, y volvióse al lecho, esperando qué fin tendría el mal principio de su suceso.

X No habria pasado á su parecer media hora, cuando sintió abrir la puerta del aposento, y que á ella se llegó una persona, y sin hablar palabra, con un pañuelo le vendó los ojos, y tomándola del brazo la sacó fuera de la estancia, y sintió que volvía á cerrar la puerta. Esta persona era Rodolfo, el cual, aunque habia ido á buscar á sus camaradas, no quiso hallarlos, pareciéndole que no le estaba bien hacerlos testigos de lo que con aquella doncella habia pasado; ántes se resolvió en decirles que arrepentido del mal hecho y movido de sus lágrimas, la habia dejado en la mitad del camino. Con este acuerdo volvió tan presto á poner á Leocadia junto á la iglesia mayor, como ella se lo habia pedido, ántes que amaneciese y el día le estorbase de echalla y le forzase á tenerla en su aposento hasta la noche venidera, en el cual espacio de tiempo, ni él queria volver á usar de sus fuerzas, ni dar ocasion á ser conocido. Llevóla pues hasta la plaza que llaman de Ayuntamiento, y allí en voz trocada y en lengua medio portuguesa y castellana, le dijo que seguramente podia irse á su casa, porque de nadie seria seguida; y ántes que ella tuviese lugar de quitarse el pañuelo, ya él se habia puesto en parte donde no pudiese ser visto. Quedó sola Leocadia, quitóse la venda, reconoció el lugar donde la dejaron, miró á todas partes, no vió á persona; pero sospechosa que desde lejos la siguiesen, á cada paso se detenía, dándolos hácia su casa, que no muy lejos de allí estaba: y por desmentir las espías, si acaso la seguian, se entró en una casa que halló abierta, y de allí á poco se fué á la suya, donde halló á sus padres atónitos y sin desnudarse, y aun sin tener pensamiento de tomar descanso alguno. Cuando la vieron correr á ella con los brazos abiertos, y con lágrimas en los ojos la recibieron. Leocadia, llena de sobresalto y alborozo, hizo á sus padres que se retirasen con ella aparte, como lo hicieron, y allí en breves palabras les dió cuenta de todo su desastrado suceso, con todas las circunstancias dél, y de la ninguna noticia que traía del salteador y robador de su honra: dijoles lo que habia visto en el teatro donde se representó la tragedia de su desventura: la ventana, el jardín, la reja, los escritorios, la cama, los damascos, y á lo último les mostró el crucifijo que habia traído, ante cuya imagen se renovaron las lágrimas, se hicieron deprecaciones, se pidieron venganzas y desearon milagrosos castigos: dijo ansimismo, que aunque ella no deseaba venir en conocimiento de su ofensor, que si á sus padres les parecia ser bien conocelle, que por medio de aquella imagen podrían, haciendo que los sacristanes dijese en los pulpitos de todas las parroquias de la ciudad, que el que hubiese perdido tal imagen la hallaria en poder del religioso que ellos señalasen; y que así, sabiendo el dueño de la imagen, se sabria la casa y aun la persona de su enemigo. A esto replicó el padre: Bien habias dicho, hija, si la malicia ordinaria no se opusiera á tu discreto discurso, pues está claro que esta imagen hoy en este día se ha de echar ménos en el aposento que dices, y el dueño della ha de tener por cierto que la persona que

con él estuvo se la llevó, y de llegar á su noticia que la tiene algun religioso, ántes ha de servir de conocer quién se la dió al tal que la tiene, que no de declarar el dueño que la perdió; porque puede hacer que venga por ella otra á quien el dueño haya dado las señas; y siendo esto así, ántes quedarémos confusos que informados, puesto que podamos usar del mismo artificio que sospechamos, dándola al religioso por tercera persona: lo que has de hacer, hija, es guardarla y encomendarte á ella, que pues ella fué testigo de tu desgracia, permitirá que haya juez que vuelva por tu justicia; y advierte, hija, que mas lástima una onza de deshonra pública, que una arroba de infamia secreta; y pues puedes vivir honrada con Dios en público, no te pene de estar deshonrada contigo en secreto: la verdadera deshonra está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud: con el dicho, con el deseo y con la obra se ofende á Dios; y pues tú ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendré, sin que jamas te mire sino como verdadero padre tuyo. Con estas prudentes razones consoló su padre á Leocadia; y abrazándola de nuevo su madre, procuró tambien consolarla: ella gimió y lloró de nuevo, y se redujo á cubrir la cabeza, como dicen, y á vivir recogidamente debajo del amparo de sus padres, con vestido tan honesto como pobre.

Rodolfo en tanto vuelto á su casa, echando ménos la imagen del crucifijo, imaginó quién podia haberla llevado; pero no se le dió nada, y como rico no hizo cuenta dello, ni sus padres se la pidieron, cuando de allí á tres dias que él partió á Italia, entregó por cuenta á una camarera de su madre todo lo que en el aposento dejaba. Muchos dias habia que tenia Rodolfo determinado de pasar á Italia, y su padre, que habia estado en ella, se lo persuadia, diciéndole que no eran caballeros los que solamente lo eran en su patria, que era menester serlo tambien en las ajenas. Por estas y otras razones se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el cual le dió crédito de muchos dineros para Barcelona, Génova, Roma y Nápoles; y él con dos de sus camaradas se partió luego, goloso de lo que habia oido decir á algunos soldados de la abundancia de las hosterías de Italia y Francia, y de la libertad que en los alojamientos tenían los españoles. Sonábale bien aquel: *Eco li buoni polastri picioni, presuto et salcicie*, con otros nombres deste jaez, de quien los soldados se acuerdan cuando de aquellas partes vienen á estas, y pasan por la estrechez é incomodidades de las ventas y mesones de España. Finalmente, él se fué con tan poca memoria de lo que con Leocadia le habia sucedido, como si nunca hubiera pasado.

Ella en este entre tanto pasaba la vida en casa de sus padres con el recogimiento posible, sin dejar verse de persona alguna, temerosa que su desgracia se la habian de leer en la frente. Pero á pocos meses vió serle forzoso hacer por fuerza lo que hasta allí de grado hacia: vió que le convenia vivir retirada y escondida, porque se sintió preñada; suceso por el cual las en algun tanto olvidadas lágrimas volvieron á sus ojos, y los suspiros y lamentos comenzaron de nuevo á herir los vientos, sin ser parte la discrecion de su buena madre á consollarla. Voló el tiempo, y llegóse el punto del parto, y con tanto secreto, que aun no se osó fiar de la partera; usurpando

este oficio la madre, dió á la luz del mundo un niño de los hermosos que pudieran imaginarse. Con el mismo recato y secreto que habia nacido le llevaron á una aldea, donde se crió cuatro años, al cabo de los cuales, con nombre de sobrino le trujo su abuelo á su casa, donde se criaba, si no muy rica, á lo ménos muy virtuosamente. Era el niño (á quien pusieron nombre Luis, por llamarse así su abuelo) de rostro hermoso, de condicion mansa, de ingenio agudo, y en todas las acciones que en aquella edad tierna podia hacer, daba señales de ser de algun noble padre engendrado; y de tal manera su gracia, belleza y discrecion enamoraron á sus abuelos, que vinieron á tener por dicha la desdicha de su hija por haberles dado tal nieto. Cuando iba por la calle lloyan sobre él millares de bendiciones: unos bendecian su hermosura, otros la madre que le habia parido, estos el padre que le engendró, aquellos á quien tan bien criado le criaba. Con este aplauso de los que le conocian y no conocian, llegó el niño á la edad de siete años, en la cual ya sabia leer latin y romance, y escribir formada y muy buena letra; porque la intencion de sus abuelos era hacerle virtuoso y sabio, ya que no le podian hacer rico: como si la sabiduria y la virtud no fuesen las riquezas sobre quien no tienen jurisdiccion los ladrones ni la que llaman fortuna. Sucedió pues que un día que el niño fué con un recaudo de su abuela á una parienta suya, acertó á pasar por una calle donde habia carrera de caballeros: púsose á mirar, y por mejorarse de puesto pasó de una parte á otra á tiempo que no pudo huir de ser atropellado de un caballo, á cuyo dueño no fué posible detenerle en la furia de su carrera: pasó por encima dél, y dejóle como muerto tendido en el suelo, derramando mucha sangre de la cabeza. Apénas esto hubo sucedido, cuando un caballero anciano que estaba mirando la carrera, con no vista lijereza se arrojó de su caballo, y fué donde estaba el niño, y quitándole de los brazos de uno que ya le tenia, le puso en los suyos, y sin tener cuenta con sus canas ni con su autoridad, que era mucha, á paso largo se fué á su casa, ordenando á sus criados que le dejasen y fuesen á buscar un cirujano que al niño curase. Muchos caballeros le siguieron lastimados de la desgracia de tan hermoso niño, porque luego salió la voz que el atropellado era Luisico, el sobrino del tal caballero, nombrando á su abuelo. Esta voz corrió de boca en boca hasta que llegó á los oídos de sus abuelos y de su encubierta madre, los cuales, certificados bien del caso, como desatinados y locos salieron á buscar á su querido; y por ser tan conocido y tan principal el caballero que le habia llevado, muchos de los que encontraron les dijeron su casa, á la cual llegaron á tiempo que ya estaba el niño en poder del cirujano. El caballero y su mujer, dueños de la casa, pidieron á los que pensaron ser sus padres que no llorasen ni alzasen la voz á quejarse, porque no le seria al niño de ningun provecho. El cirujano, que era famoso, habiéndole curado con grandísimo tiento y maestría, dijo que no era tan mortal la herida como él al principio habia temido. En la mitad de la cura volvió Luis en su acuerdo, que hasta allí habia estado sin él, y alegróse en ver á sus tios, los cuales le preguntaron llorando que cómo se sentia. Respondió que bueno, sino que le dolia mucho el cuerpo y la cabeza. Mandó el médico que no hablasen con él, sino que le dejasen reposar: hizose así, y su abuelo comenzó á agradecer

al señor de la casa la gran caridad que con su sobrino habia usado. A lo cual respondió el caballero que no tenia que agradecerle; porque le hacia saber que cuando vió al niño caído y atropellado, le pareció que habia visto el rostro de un hijo suyo, á quien él queria tiernamente, y que esto le movió á tomarle en sus brazos y traerle á su casa, donde estaria todo el tiempo que la cura durase, con el regalo que fuese posible y necesario. Su mujer, que era una noble señora, dijo lo mismo, y hizo aun mas encarecidas promesas. Admirados quedaron de tanta cristiandad los abuelos; pero la madre quedó mas admirada; porque habiendo con las nuevas del cirujano sosegádose algun tanto su alborotado espíritu, miró atentamente el aposento donde su hijo estaba, y claramente por muchas señales conoció que aquella era la estancia donde se habia dado fin á su honra y principio á su desventura; y aunque no estaba adornada de los damascos que entónces tenia, conoció la disposicion della, vió la ventana de la reja que caia al jardín, y por estar cerrada á causa del herido, preguntó si aquella ventana respondia á algun jardín. Y fuéle respondido que sí; pero lo que mas conoció fué que aquella era la misma cama que tenia por tumba de su sepultura; y mas que el propio escritorio, sobre el cual estaba la imagen que habia traído, se estaba en el mismo lugar. Finalmente, sacaron á luz la verdad de todas sus sospechas, los escalones que ella habia contado cuando la sacaron del aposento tapados los ojos, digo, los escalones que habia desde allí á la calle, que con advertencia discreta contó; y cuando volvió á su casa, dejando á su hijo, los volvió á contar y halló cabal el número; y confirmando unas señales con otras, de todo punto certificó por verdadera su imaginacion, de lo cual dió por extenso cuenta á su madre, que como discreta se informó si el caballero donde su nieto estaba, habia tenido ó tenia algun hijo; y halló que el que llamamos Rodolfo lo era, y que estaba en Italia; tanteando el tiempo que le dijeron que habia faltado de España, vió que eran los mismos siete años que el nieto tenia. Dió aviso de todo esto á su marido, y entre los dos y su hija acordaron de esperar lo que Dios hacia del herido, el cual dentro de quince dias estuvo fuera de peligro, y á los treinta se levantó, en todo el cual tiempo fué visitado de la madre y de la abuela, y regalado de los dueños de la casa como si fuera su mismo hijo; y algunas veces hablando con Leocadia D.^a Estafania, que así se llamaba la mujer del caballero, le decia que aquel niño se parecia tanto á un hijo suyo que estaba en Italia, que ninguna vez le miraba que no le pareciese ver á su hijo delante. Destas razones tomó ocasion de decirle una vez que se halló sola con ella, las que con acuerdo de sus padres habia determinado de decirle, que fueron estas ú otras semejantes: El día, señora, que mis padres oyeron decir que su sobrino estaba tan mal parado, creyeron y pensaron que se les habia cerrado el cielo y caído todo el mundo á cuestras: imaginaron que ya les faltaba la lumbré de sus ojos y el báculo de su vejez, faltándoles este sobrino á quien ellos quieren con amor de tal manera, que con muchas ventajas excede al que suelen tener otros padres á sus hijos; mas como decirse suele, que cuando Dios da la llaga da la medicina, la halló el niño en esta casa, y yo en ella el acuerdo de unas memorias que no las podré olvidar mientras la vida me durare: yo, señora, soy noble, por-